

LA COMPLEJIDAD DEL ORDEN MUNDIAL A LAS PUERTAS DEL SIGLO XXI, UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA

Vilma Balmaceda Vargas*

Numerosos analistas han advertido que la intensidad del proceso de cambio por el que viene atravesando el sistema internacional desde 1989 es cuantitativa y cualitativamente mayor al cambio acumulado que se experimentó entre 1940 y 1989. La configuración de un nuevo orden mundial es un hecho difícilmente cuestionable. No pocos, sin embargo, en el campo académico y especialmente en el político tienden a referirse a este orden con cierta vaguedad e inexactitud teórica.

Efectivamente, después de revisar algunos artículos sobre el tema, uno no tarda en verificar que, en general, los autores no manejan una definición unívoca de lo que es el orden mundial. Esto se debe principalmente a la existencia de distintas teorías que orientan esta literatura. Cuidando de no caer en un simplismo extremo, consideramos que es posible resumir estas teorías en dos tendencias dominantes: la realista y la liberal.

Quienes analizan el panorama mundial desde la perspectiva del realismo político, tienden a ver la existencia de un orden mundial como el producto de una distribución de poder que crea estabilidad entre los actores del sistema; de acuerdo a esta teoría, los Estados militar y económicamente poderosos tienen, entonces, un rol fundamental en la preservación de este orden.

Quienes observan, en cambio, los eventos desde la perspectiva liberal, lo hacen prestando atención al actuar de las personas y de los pueblos tanto como al de los Estados que aquellos conforman. En consecuencia, ellos ven la existencia de un nuevo orden mundial como el resultado de la expansión de valores políticos como la democracia y el respeto a los derechos humanos, así como el avance del derecho internacional y de las organizaciones internacionales.

* Abogada, Master of Arts en Estudios de Paz Internacional, Master of Arts en Gobierno y Estudios Internacionales, y Candidata al Grado de PhD. en la misma especialidad, por la Universidad Notre Dame du Lac, Indiana. Coordinadora del Proyecto de Promoción de los Derechos Ciudadanos en el Perú. Programa de Voluntarios de Naciones Unidas.

Desde la perspectiva del *Real Politik*, existe sin duda un nuevo orden mundial. Como la definición de «orden» en el realismo político poco o nada tiene que ver con la justicia sino que está centrada en la distribución de poder entre los actores, la obvia conclusión es que el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas marcó el final del orden bipolar que había regido por cincuenta años e indicó la llegada de un nuevo orden en el sistema internacional.

Se ha dicho repetidamente que el viejo orden bipolar proveyó estabilidad en el mundo. Esta es una verdad a medias: la Guerra Fría si bien no desencadenó la tercera guerra mundial ni una conflagración bélica activa entre las dos superpotencias, exacerbó sangrientos conflictos internos en no pocos países del Tercer Mundo. A pesar de esto, debemos reconocer que efectivamente los recurrentes conflictos comerciales entre los Estados Unidos, Japón y Europa Occidental se vieron enfriados por la necesidad de mantener una sólida alianza defensiva frente a la amenaza militar soviética; y que profundos conflictos interétnicos fueron contenidos por la dominación rusa en Europa Oriental. Contención que, como sabemos, nunca llegó a resolver las antiguas enemistades étnicas existentes entre algunas de las naciones que constituían los Estados clientes de la URSS y las propias repúblicas soviéticas.

Aunque para nadie es novedad que las fronteras nacionales son en la actualidad mucho más permeables que en el pasado, son las fuerzas del nacionalismo las que, con tanta o aún mayor vehemencia que las del transnacionalismo, han causado más estragos en los últimos años. Mientras que las grandes multinacionales distribuyen la producción económica de acuerdo a0 estrategias globales, en el campo político, no se ha logrado nada que se asemeje a una identidad política regional o global capaz de absorber los sentimientos nacionalistas. Esto es bastante evidente en el caso de Europa Occidental, que aún cuando está a las puertas de que su unidad monetaria, *ecu* (European Currency Unit) empiece a circular, no cuenta con una voluntad política verdaderamente unificada, indispensable para convertirse en *una* potencia mundial.

Cómo es la distribución de poder en el nuevo orden mundial? Algunos ven el nuevo orden mundial como la plena consolidación de la Pax Americana en una hegemonía unipolar, efecto resultante de la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Esta interpretación, evidentemente, recoge un dato de la realidad en forma acertada: la implosión soviética -debida principalmente al excesivo centralismo que causara su descomunal retraso económico y tecnológico- dejó en el panorama internacional a una sola superpotencia, ya que la crisis económica y el caos interno no permitirán, por un buen tiempo, que Rusia pueda imponerse como una potencia comparable a los Estados Unidos.

La tesis de la unipolaridad, sin embargo, es inexacta por no reconocer que Estados Unidos es incapaz de ejercer plena hegemonía ya que, al menos en el campo económico, Europa y Japón, aún con las crisis súbitas que ha experimentado recientemente, representan economías altamente competitivas, con un producto bruto comparable al norteamericano, y con una influencia en el mercado mundial imposible de opacar.

En esta línea de pensamiento, no pocos analistas han llegado a señalar que el orden mundial de fines de siglo ha desvalorizado el poder militar y, en consecuencia, se caracteriza no por la existencia de una hegemonía unipolar sino de un sistema multipolar compuesto por tres ejes económicos: (1) el Hemisferio Occidental centrado alrededor del dólar

americano; (2) Europa Unida, fundada sobre el *ecu* o en su defecto, el marco alemán; y (3) el bloque asiático, arraigado evidentemente en el yen japonés.

El problema con esta última interpretación del orden mundial actual es que falla al subestimar la relevancia del poderío militar y de los asuntos relacionados con la seguridad de los Estados, a la cual ni Europa ni Japón están dispuestos a renunciar, y exagera un poco el grado de integración regional existente en el Hemisferio Occidental y la región asiática.

La difusión del poder agudizada por las corrientes transnacionales de las últimas décadas, especialmente en los campos económico, tecnológico y de las telecomunicaciones, ha dado lugar a lo que Joseph S. Nye Jr., ha llamado una *interdependencia multidimensional*, de acuerdo con la cual, la política mundial sólo es posible de ser entendida desde una perspectiva de múltiples capas o estructuras.

Siguiendo el razonamiento del Profesor Nye,¹ la capa o estructura superior del nuevo orden mundial está constituida por la de carácter geopolítico-militar, es decir, aquella relacionada con los asuntos de seguridad de los Estados. La distribución del poder en esta primera capa es claramente unipolar, teniendo indiscutiblemente a los Estados Unidos como la superpotencia mundial.

La segunda capa, correspondiente al dominio económico es, como veníamos diciendo, tripolar, y está compuesta por los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón.

La tercera capa responde a un modelo de *interdependencia transnacional*² o -en los términos que usa el analista liberal Ole R. Holsti en su artículo «Models of International Relations: Perspectives on Conflict and Cooperation»- de *interdependencia compleja*, es decir, de difusión de poder. Y aunque sea difícil de aceptar para algunos, en la actualidad el poderío militar no es suficiente para decidir los resultados en todas las áreas; en consecuencia, el balance de poder militar tradicional, pregonado por el realismo como la fórmula para contener el conflicto, es claramente insuficiente para explicar o prevenir los conflictos en este contexto global sustancialmente distinto a la configuración internacional sobre la que el realismo se consagró como la teoría dominante para explicar las relaciones internacionales.

La veloz expansión de la tecnología aplicada al campo de las comunicaciones, la migración y la interdependencia económica cuestionan diariamente la concepción clásica de la soberanía de los Estados, otro de los conceptos fundamentales de la conceptualización realista de la política internacional. Este fenómeno ha contribuido a otorgar una mayor relevancia a antiguas concepciones liberales que promueven un orden mundial basado en valores democráticos e instituciones multilaterales, en un marco en que las relaciones entre los Estados son reguladas casi absolutamente por el derecho internacional.

1 NYE, Joseph S., Jr. es el autor de la influyente obra **Bound To Lead: The Changing Nature of American Power** y es actualmente Director del Harvard Center for International Affairs.

2 Este modelo es elaborado en detalle por NYE, Joseph S. Jr., en el artículo «What New World Order», publicado en el Vol. 71, No. 2 de la revista **Foreign Affairs** (Spring 1992).

Si bien coincidimos con los ideales de esta visión, sería utópico pretender que con ésta estamos ante una descripción completa del panorama mundial actual. Evidentemente, el poderío militar sigue siendo un elemento fundamental en la medición del poder, sin embargo, es innegable que ciertas áreas de la vida internacional son crecientemente regidas por las reglas del derecho y no de la fuerza, como lo evidencia la amplia membresía de las organizaciones multilaterales a nivel mundial y regional y la multiplicación de tratados y comités internacionales diseñados para enfrentar problemas que son imposibles de resolver unilateralmente por ningún Estado. A nivel regional, las sólidas instituciones de la Unión Europea sostenidas por los regímenes internos profundamente democráticos de sus Estados miembros, y la insistencia de que la Organización de Estados Americanos se consolide como el foro de diálogo y consenso que promueva el desarrollo de los países interamericanos, sobre la base de la democracia y el pleno respeto a los derechos humanos por parte de sus Estados miembros, evidencian también el creciente rol de las tendencias liberales en el mundo. Este avance, por su puesto, ni afecta a todas las regiones geográficas del globo ni es parejo al interior de ellas.

En conclusión, en este nuevo orden mundial el panorama resulta mucho más complicado para el observador: el poder, concepto fundamental en relaciones internacionales y teoría política, aparece como multidimensional, expresado en al menos tres distintas estructuras interrelacionadas, con el efecto agregado de un mercado totalmente globalizado y unas fronteras estatales cada vez más permeables. El sistema internacional, entonces, se erige sobre una base bastante más compleja que el tradicional equilibrio de poder evaluado en términos militares, y se proyecta hoy como un híbrido en constante evolución en el que compiten intereses nacionales y regionales con valores morales y políticos aplicados y defendidos en forma parcial e imperfecta. Por ello, mientras que los dos grandes modelos teóricos son capaces de explicar en forma aceptable ciertos aspectos y características de la realidad internacional actual, ambos fracasan al intentar explicar unilateralmente todo el panorama de la política internacional a las puertas del siglo XXI.